

Estudios en honor de
Yolando Pino Saavedra
AUCH, 5ª serie. N° 17 (1989): 35-47

MIS RECUERDOS DEL PROFESOR DOCTOR
DON YOLANDO PINO SAAVEDRA Y DE CHILE

VÍCTOR VARAS REYES*

Al recibir y leer la amable nota, enviada por don Marino Pizarro Pizarro, como Presidente de la Comisión Editora de los Anales de la Universidad de Chile, auspiciadora del homenaje que se rendirá al meritorio profesor, doctor don Yolando Pino Saavedra, para cuyo efecto se sirvió invitarme a fin de contribuir con un trabajo que se dedicará a tan distinguido miembro académico de la antañona Casa Superior de Estudios de la ciudad del Mapocho, cuya actuación conquistó trascendencia nacional e internacional, me produjo la más grata y profunda emoción, al ser merecedor de que se me recuerde, a cuarenta y cinco años de haber abrevado importantes y decisivos conocimientos para mi labor intelectual, aprovechando, no sólo la transmisión de conocimientos, sino también, por entonces, y para siempre, lograr el noble aliento y el saludable estímulo que impulsan al cultivo progresivo de la disciplina científica, como en este caso, la investigación folklórica.

Cuando concurrí a los Cursos de Temporada de la Escuela de Verano, correspondientes a los años 1941/1942, con la Dirección General de doña Amanda Labarca Hubertson, me inscribí en varios de ellos, pero, me es grato prevalecer, que mayor trascendencia tuvo para mí, el inscribirme al Curso N° 48, Seminario de Investigaciones Folklóricas, a cargo del Prof. Dr. don Yolando Pino Saavedra. De hecho, me encontré con un señor de buena presencia, mediana estatura, tez blanca pálida y de mediana edad. Era el mentor de manejo espontáneo, comunicativo; de exquisita amabilidad, que según supe en su oportunidad, había nacido en 1901, graduado

*Profesor de Estado, Tarija, Bolivia.

en la cátedra de Folklore en la Universidad de Hamburgo. Que era Profesor Jefe del Instituto de Investigaciones Folklóricas "Ramón A. Laval", de la Facultad de Filosofía y Educación. Además, Profesor Coordinador de los Estudios académicos de esa Facultad.

Por seguir un trayecto sucesivo en el intercambio de ideas, que mantuve con el mencionado catedrático, debido a gentiles obsequios que recibí del mismo, ya contaba con los primeros informes en ejemplares impresos en la Sección de Filología (T.I. Cuadernos N^{os} 2 y 3, 1936), donde se registraban comentarios bibliográficos suyos, sobre Vossler y de Fritz Krüger. En el T. II, cuaderno N^o 1/1937/1938, dedicado a la memoria del doctor Rodolfo Lenz, figuraba un artículo del doctor Pino Saavedra, sobre Lexicografía folklórica de vocablos y acepciones populares, usados en Chile, diferenciando, en su oportunidad, lo que es el "huaso": hombre de campo y de a caballo; andariego, vagabundo, de temperamento donjuanesco y enemigo de ataduras, a la manera del mítico "Urdimalis" característico. Y de la semblanza del "roto", hombre del pueblo, en las ciudades y poblaciones pequeñas; o centros de trabajo, con diferencias, según los núcleos de su "hábitat". En mi ciudad natal, Tarija, siendo colegial, se representó en el Teatro General "Trigo", la chispeante comedia "El huaso don Lucas Gómez", con profesionales jóvenes que cursaron estudios universitarios en Chile, actuación dirigida por el Prof. chileno don Adolfo Piñeiro, que fue contratado por el dinámico Ministro de Instrucción, el doctor Juan Misael Saracho. También circuló la novela "El roto", de Joaquín Edwards Bello, uno de cuyos ejemplares amablemente me envió don Yolando. Pero luego aparecieron estudios de variedades de "rotos", con chascarrillos; ocurrencias, "prendidas", que merecieron determinados análisis de buceadores y de sociólogos.

Ya en el desarrollo del Curso, llevado generalmente con sistema dialogado con los maestros-alumnos, y con los escritores concurrentes, el programa se concretó formalmente a la información y difusión del folklore chileno, proporcionando interesantes y amenos datos sobre literatura, poesía, prosa; música; canciones; costumbres; creencias; ocupaciones; brujerías, etc., poniendo énfasis en la cueca (antes *zamacueca*), y en el lenguaje vulgar. Muchas veces, el doctor Pino ilustraba los temas, con datos valiosos; con lecturas de obras atingentes con los motivos. También proporcionó una copiosa bibliografía especializada, no sólo en lo concerniente a Chile, sino la aplicable a varias naciones latinoamericanas. Tuvieron su lugar apuntaciones concernientes a motivos araucanos.

Antes de la conclusión del Curso-Seminario, a incitación del meritulado profesor, se ofrecieron charlas sobre Folklore chileno, de ciertas regiones apartadas, como el caso del profesor Abdón Coloma Andrade, relativas a

zonas sureñas. Como mantuve algunas andanzas por barrios suburbanos o marginales de la ciudad mapochina con Oreste Plath (Octavio Müller Leiva), este dúctil y comunicativo compañero y gentil amigo, hoy autor de numerosas obras relativas a temas demóticos de su país, brindó testimonio primorosos sobre el *folk* capitalino. El mismo mencionado colega también, con toda amplitud de colaboración, hizo publicar en la revista "Millantum" (Santiago de Chile, N^{os} 14 al 18, 1944), un artículo mío, titulado "El folklorista argentino don Juan Draghi Lucero", y en "Atenea", órgano de la Universidad de Concepción, mi ensayo sobre "Tiguanacología" (N^o 304, octubre de 1950).

Intervinieron otros maestros-alumnos, estudiantes y escritores; entre ellos (San) Juan Draghi Lucero, prestigioso catedrático cuyano, quien abundó sobre detalles y contingencias soportadas voluntaria y paciente-mente, para llevar adelante pesquisas en lugares poco afectos a la higiene...

Todo estuvo bien llevado, lleno de gracia, de verdad y de atractivo para mí... Pero lo insospechado ocurrió, cuando el apasionado catedrático jefe, señaló a quien escribe esta relación, para que ofrezca conocimientos significativos sobre folklore boliviano... El aludido, cohibido por la sorpresa, se excusó, manifestando como primera reacción, que concurrió al Curso para aprender, pero no para enseñar... Mas, presionado amablemente por el ambiente establecido de amplia cordialidad, se vio obligado a preparar allí, como improvisación, un itinerario del poliforme folklore boliviano, según sus diferentes y hasta antagónicas regiones, frente a un mapa prestado por la Embajada de Bolivia, en una exposición que abarcó dos sesiones, separadas. El actuante, poseído de profunda emoción, concluyó anunciando a su auditorio: "En el pecado, la penitencia"... La generosidad de los concurrentes, que en su mayoría tenían varias obras publicadas, obsequió al imprevisto informante, con sonoros aplausos, que sirvieron de acicate, a la vez que de compromiso, para precipitar la publicación de su libro titulado "Huiñaypacha", dedicado a dos de los compañeros más íntimos: don Juan Draghi Lucero, y a Oreste Plath. La obra fue posteriormente muy elogiada por los folkloristas de ambos mundos, quienes dieron muestras de adhesión; de solidaridad intelectual. Al respecto, don Yolando me escribió: "—He leído con verdadero regocijo sus ensayos folklóricos contenidos en 'Huiñaypacha' y el que versa sobre el 'Humor en la copla Española e Hispanoamericana' ". Agregó: "—Todos ellos revelan al verdadero investigador de las tradiciones populares de Bolivia, y que no se trata de una esporádica actividad, sino de algo permanente en sus ocupaciones intelectuales"... "El ensayo sobre Francovich, por otra parte, añadió, 'lo coloca en un sitio de singular

significación, dentro del magisterio y de la intelectualidad boliviana. Por todo ello, mis más sinceras felicitaciones' "... Y en otra carta (Santiago, 11/dic./ 1950), expresó: "Ha sido para mí una gran alegría tener conocimiento por el Diccionario de Coluccio, que Ud., está hecho un folklorista de prestigio internacional"... También Pino Saavedra ha tenido palabras amables para mi "Urdimalis en Tarija", y para otras obras posteriormente editadas.

Haciendo un paréntesis (quizás no deba hacerlo). Pero el suceso que presencié por entonces, se me gravó muy fuerte en mis pupilas; en mis oídos, y en mi emotividad ávida por lo extraño, en relación con las prácticas proselitistas en mi país, cuyos políticos, en su desempeño, lucen gastos hieráticos, solemnes, con frases sonoras, como arengas militares frente al enemigo en campaña...

Con motivo de las elecciones presidenciales en Chile, se presentaron varios candidatos; entre ellos, Carlos Ibáñez del Campo, Schnake, y el doctor Juan Antonio Ríos del Partido Radical. Una gran concentración popular se congregó en la extensa Alameda, desde las seis de la tarde (hs. 18). La espaciosa arteria estaba colmada de gente, pues debía escucharse, como único orador, al doctor Arturo Alessandri ("El León de Tarapacá"), Presidente de Chile en dos períodos (1920-1925 y 1932-1938). Patrocina-ba la candidatura del doctor Juan Antonio Ríos, del Partido Radical, conforme ya se citó. Cuando Alessandri hizo su aparición en el estrado preparado, una gran ovación estalló en toda la extensión de la populosa vía. El "León" empezó, haciendo referencia suave, sencilla, sobre aspectos políticos relacionados con la Historia chilena. Poco a poco, decoró su exposición, con episodios anecdóticos. La alocución era expresada, en estilo, diríamos, confidencial, comunicativo, motivando mayor interés en el ya apiñado auditorio. Y aquí viene lo que para mí fue insospechado. En un intervalo breve, se levanta una voz dentro del público, haciendo una aclaración al orador. Alessandri no se inmuta. Se auxilia con un miembro de su séquito, para ubicar al interpelante. Ya informado, sonriente, se dirige al "intruso". Lo reconoció, asociando con un episodio amable, en broma. El público festejó el subterfugio, riendo a carcajadas por la pulla del orador, quien espera el silencio, para proseguir. Del otro extremo, alguien vuelve a interrumpirle, recordándole un incidente sugestivo. Igualmente, Alessandri reconoce al "roto". Relata una picardía del susodicho... Todos ríen, aplaudiendo la oportuna alusión del inalterable orador, quien emplea, intencionalmente, algunos términos de la jerga popular... Así, la exposición duró desde las seis de la tarde, hasta las diez de la noche...

Las gentes, ya se iban, como regresaban, para no perder los interesantes datos, salpimentados con ocurrencias del “León de Tarapacá”... Resultado: Ganó el doctor Juan Antonio Ríos la elección, con abrumadora mayoría...

Merece también recordar que los días sábados, había suspensión de actividades académicas, para dar oportunidad a que los diversos componentes, tanto chilenos, como extranjeros, previa organización, visiten a turno diferentes poblaciones; balnearios, lugares de recreo; estableciendo así una simpática confraternidad, de mutua comprensión. Naturalmente, no faltaron idilios que después se cristalizaron en matrimonios. O que alguien se llevara, en el fondo de su ser, una donairosa imagen femenina...

Otra actividad paralela, cuya omisión sería injusta; fue la presencia y actuación de profesores extranjeros, contratados por la Universidad; entre ellos, de gratísima memoria, la del español don Emilio Mira y López, con su curso de “Psicología evolutiva del niño y del adolescente”, y la del consagrado musicólogo argentino don Carlos Vega, grave, sentencioso; rotundo en sus conclusiones sobre orígenes europeos de danzas populares argentinas e hispanoamericanas. Este meritorio investigador, posteriormente regresó a Chile, donde de pacientes excursiones y estudios, publicó su obra “Música folklórica de Chile” (Ed. Universitaria, Santiago de Chile, 1960). Se trata de una selección escrupulosa de setenta y tres versiones de danzas, especialmente, de cuecas.

Don Carlos Vega ha legado valiosas obras sobre su especialidad, de obligada consulta.

En el ensayo de Yolando Pino Saavedra titulado “Rodolfo Lenz como folklorista” (Archivos del Folklore Chileno. Fascículos N^{os} 6-7, 1954), anota el autor que, desde la llegada a Chile, en enero de 1890, el mentado lingüista alemán, se dedicó a estudiar el lenguaje y la literatura populares. Luego, el mismo investigador (Lenz), fijó su atención en la lengua y folklore de los araucanos... publicando varios estudios científicos, que se refieren a las manifestaciones folklóricas chilenas y araucanas... dando pie a la formación de los primeros folkloristas nacionales. Así resaltan las figuras ya clásicas de Julio Vicuña Cifuentes, Ramón A. Laval; Ricardo A. Latcham, a los que sucedieron otros cultores de varias promociones. Puntualiza Pino que Lenz, en los cuarenta y tres años de su permanencia en Chile, incitaba, aconsejaba y daba normas, con la máxima rigurosidad académica, a la vez que con su generosidad y contagioso entusiasmo.

En el año 1951, en homenaje al profesor Fritz Krüger (Universidad de Cuyo, Mendoza, N° 368), Pino Saavedra publicó dos nuevas versiones de "La Princesa Mona chilena"; ambas, registradas más tarde, con el nombre común de "La Monita de Palo" ("Cuentos chilenos", T. 1. págs. 236/239).

El doctor Pino Saavedra, hombre de gabinete, a la vez que acucioso viajero, pesquista, en su condición de Jefe del Instituto de Investigaciones Folkloricas "Ramón A. Laval", gestionó y obtuvo la publicación de ocho fascículos, con el título común de "Archivos del folklore chileno", en cuyo material, a la vez que trataba formalmente al Folklore con severidad científica, incluía estudios y referencias muy amenos.

Representa un "hallazgo" extraordinario de Yolando Pino Saavedra, el encontrar en la campiña chilena, vestigios de la primeras tentativas del teatro hispano (s. XI), basado en los "Misterios", siguiendo poemas de índole narrativa, de inspiración religiosa, como el caso singular de "La vida de Santa María Egipcíaca", o sea, lo concerniente a la cortesana de ese nombre; su conversión y penitencia en el desierto, cambiado el nominativo de ese personaje femenino en Chile, con el de María Suciaca, cuyo descubrimiento, el celoso investigador interpreta como versión vital de la mencionada Santa, contenida en un libro del P. Rivadeneira, que en un nebuloso transcurso, "bajó hasta la tradición oral de nuestro pueblo, a cuya tradición se le quitó su vistoso ropaje de leyenda hagiográfica, y la transformó en 'cuento', borrándole los contornos de *tiempo* y de *espacio*"..., etc. (Archivos del folklore chileno, Fascículo N° 8, 1957), "En torno a los cuentos folklóricos"...

Mas, en Pino Saavedra, bulle una característica, una cualidad; diríamos, un "prurito"; tal vez una santa obsesión dominante. No sólo se preocupa de preparar su propio material, sino que estimula, oportuna y eficazmente, la inquietud ajena, hasta marcar preferencias. Esto es lo que resalta en los números interesantes y valiosos de "Archivos...", donde, con los estudios de Abdón Coloma Andrade, Raúl Silva Castro, Marino Pizarro, Eugenio Pereira Salas, José Santos González Vera, chilenos, figuran Richard Weiss, R.S. Boggs, C. v. Sydow y Fernando de Castro Fides de Lima. Gentilmente me nombró Corresponsal en Bolivia.

Lo que más transparenta la riqueza de su "sentido" de cooperación, ocurrió después de la suspensión obligada de sus "Archivos". Maravilla la cita hidalga de Inés Dolz Blackburn, en la Introducción de su obra titulada "Antología crítica de la poesía tradicional chilena" (México D.F.,

1979), al ponderar que Yolando Pino Saavedra, "es una de las autoridades máximas del folklore en el país" (Chile). Confiesa que, a pedido de la mencionada investigadora, ante el apremio producido por ella, don Yolando hizo copiar íntegramente un trabajo concerniente al tema poético, de "Anales de la Universidad de Chile" T. III/1941-1943, con un acopio de la poesía tradicional chilena, "de valor incalculable para completar esta Antología", recalca, agradecida, la doctora Dolz. Y pueden haber otros episodios similares que ignoro, pero los columbro...

Y llegamos a la obra monumental del doctor Yolando Pino Saavedra, no superada hasta hoy, titulada "Cuentos folklóricos de Chile", en tres volúmenes (alto, 25 cm; ancho, 16 cm; grueso, 4 cm).

En el T. I. (Santiago de Chile, 410 págs., 1960), la vigorosa Introducción sirve de vestíbulo a la obra, adelantando conceptos, con citas de especialistas alemanes, ingleses, franceses, estadounidenses, etc., en sus respectivos idiomas, con el caso *sui generis* de Aurelio Espinoza (padre); Aurelio Macedonio Espinoza (hijo), que, siendo nativos de la gran nación del Norte, poseyendo en sus entrañas sangre española de sus antepasados, escribieron y publicaron sus medulares obras, después de pacientes investigaciones en los amplios solares de la Península Ibérica, en lengua castellana. Mas, luego de la cita del brasileño clásico, galardonado, don Luis de Camara Cascudo, el curso sigue como las corrientes de los ríos sudamericanos, en sus ambientes, puntualizando que, en lo referente a su país (Chile), Pino aplica la transcripción de los cuentos; el modelo del alfabeto ordinario, consagrado por Espinoza (padre), con detalle en los aspectos típicamente regionales. En cuanto a la clasificación nominal, en sus variantes, toma en cuenta, como anotamos más arriba, la del finlandés Antti Aarne, y la del norteamericano Stith Thompson.

Además de la enorme documentación esmeradamente acumulada en sus estudios efectuados en Europa, Pino Saavedra, ciudadano urbano, citadino, cambia la rigurosidad del atuendo cotidiano, con la indumentaria del andariego por las sugestivas zonas rurales chilenas, buscando con tenaz empeño, informaciones fehacientes, para lo cual, toma como base el principio sabio de adaptación al ambiente, para conquistar la confianza, como interlocutor, de los baquianos, conocedores y conservadores de la tradición demótica buscada, conforme lo hicieron en los diferentes burgos argentinos, con indumentaria de gaucho, los meritorios folklorólogos ya desaparecidos, doctores Augusto Raúl Cortázar y Guillermo Alfredo Terrera, y los profesores Juan Draghi Lucero, Félix Coluccio, Bruno Jacovella, Félix Molina Téllez. Pino Saavedra fundamenta sus pesquisas en la parte pertinente a "Vida y función de los cuentos".

El grueso volumen, conforme se anota más arriba, contiene 75 textos, con abundancia de apuntes; lista de narradores, destacándose igualmente, el numeroso acopio de obras consultadas, enriqueciendo con amenos comentarios.

De acuerdo con la severidad impuesta por la técnica, los cuentos que tienen varias versiones, se registran ellas, correspondiendo con los relatos, por separado. Ello acontece, p.e., con "El cuerpo sin alma"; "La sapita (rana) encantada"; "La monita de palo". Conocimos de niños en Tarija, con el asombro consiguiente, "La Linda de los cabellos de oro"; "El príncipe perdido"; "El espejo mágico"; "La lámpara maravillosa"; "¿Por qué el mar es salado?".

No ha dejado de sorprenderme, respecto de los requisitos para obtener la cosecha más veraz, lo que en su tiempo se aconsejó preferir, para obtener la narración más pura, la edad de los informantes: mientras son ellos más viejos, el relato es más nítido. Además, que, como la mujer, en todos los tiempos y lugares, representa la "crónica viviente", las informaciones femeninas son más cabales, oportunas y minuciosas, que lo proporcionado por el sexo "fuerte". Asimismo, es norma, que al pie de los cuentos, se debe citar, junto con los datos, la profesión, oficio u ocupación del relator, apreciando más la edad en razón directa con la fidelidad del material requerido. Pero lo extrañado figura con detalle en la "Lista de narradores".

Por la espontaneidad, regocijo y efectos producidos al recibir en Tarija el volumen inicial de los cuentos, considero oportuno reproducir lo que manifesté al autor, en mi carta de 8 de diciembre de 1960:

"...La obra ha despertado de inmediato, por sus materiales y características, no solamente mi atención, sino la de mi familia, 'quitoneándonos' el volumen en los momentos de descanso en el hogar. En forma admirable, usted ha cumplido con la estrictez científica de la disciplina folklórica, en la recolección y reproducción de los cuentos, registrando, además, celosamente, la singular prosodia y la típica sintaxis en el habla popular de las diversas zonas y subzonas del atractivo territorio chileno. Al versado en el quehacer folklórico, le pone "al día" sobre lo conquistado universalmente en la técnica cuentística vernacular; sus clasificaciones; las transmuciones de los motivos; el vocabulario *sui generis*; las condiciones personales de los informantes. Al profano le proporciona deleite y un ameno transcurso de la horas, cautivando con la lectura de lo maravilloso, extraído de la tradición cuidadosamente seleccionada, evitando lo grotesco y chabacano, empresa arriesgada al segar las mieses. Conceptúo que la obra, ya le está ocasionando profundas satisfacciones..."

El Tomo II (Santiago de Chile, 1961, 252 págs., 81 piezas), con la característica probidad intelectual, en la Introducción, hace constar el autor que, aun teniendo como principio la ordenación tipológica de los cuentos folklóricos según Aarne-Thompson, por dificultades técnicas, no comenzaba con narraciones “mágicas”. Mas, la presencia en Santiago de Chile, de Stith Thompson, sirvió para que, de conformidad con el docto norteamericano, se adecuaran variantes. También explica Pino Saavedra, que las “historias” de este volumen, han sido recogidas *personalmente* en los lugares próximos a la capital santiaguina, contemplando tópicos psicológicos, biológicos, lingüísticos, en cantidad de 78; dos fueron proporcionadas por Marino Pizarro, y uno, por Abdón Coloma Andrade. Las adivinanzas fueron transmitidas por don Bernardo Valenzuela.

Nuevamente se destacan a la par, la singular prosodia y la pintoresca sintaxis de los informantes populares. Hay materiales de contenido maravilloso, como los correspondientes a “El joven del carnero” y “Siete colores”. No debía faltar la evocación del dominio árabe en lo aportado por los colonizadores hispanos, con “El rey y la reina mora”; “El rey moro con el rey cristiano”. Brinda con su correspondiente moraleja, “El príncipe mendigo”. También hacen su aparición, narraciones con sus variantes o versiones, como “El leso de los tres chanchitos”, “Los tres chanchitos”; “El cuento de las adivinanzas”; “Yo soy un fuego”, “La mata de albahaca”; “La apuesta sobre la castidad de la esposa”; “Quico y Caco”. Hay también narraciones “viajeras”, tan chilenas como argentinas conforme se ve en el T. I, “El cuerpo sin alma”, que con encabezamiento de coplas apropiadas figura en “Las mil y una noche argentinas”, de Juan Draghi Lucero.

Concluye el T. II con la ya acostumbrada “Lista de narradores”, y con el “Registro de obras consultadas”. Pero merece mayor detenimiento el capítulo de “Comentarios”, donde se impone el hombre de gabinete, respetuoso con el acervo *bibliográfico*, sobre los relatos proporcionados a través de versiones y concordancia de especialistas, con obras publicadas en diferentes lenguas y diversidad de ediciones, que en varias ocasiones, hasta hacen dudar sobre la “paternidad” y “ubicación geográfica” de las historias o consejos.

El T. III (Santiago de Chile, 1963, 408 págs.), contiene 270 cuentos, con un cuantioso y útil glosario, a los que, con la consagrada solvencia intelectual, Pino Saavedra asienta la Lista de obras consultadas —no citadas en los tomos anteriores— con importantes mapas-guías y algunas fotografías de los informantes. Lo que reclama el lector ponderar en mayor relieve, es lo acrecentado en Comentarios, motivando sorpresas, desde los ocasionales lectores, hasta para los mismos consagrados eruditos. Con ello se confir-

ma, una vez más, la sentencia salomónica, que “no hay nada nuevo bajo el sol”...

Figuran narraciones, como las comprendidas en “El pacto con el diablo”; “El compadre rico con el compadre pobre”; “Los embusteros chilenos”, “Los mentirosos”; los relatos de animales. Entre los cuentos maravillosos, se luce, por el interés creciente que inspira en la exposición, el relativo a “El caballito de siete colores”, 245, págs. 209 a 217, entregado por Juan de la Cruz Cáceres, en el lugar denominado “Los Vilos”, Coquimbo, 5/IV/1958. No debía faltar la aclaración o complementación. En esta pieza clasificada según Aarne-Thompson, Pino Saavedra advierte que el cuento 245, es semejante al del N° 59 del T.1, pero se diferencia de éste, en que contiene el motivo de las señales de vida del tipo 305. E incluyéndolo con su complemento, en el N° 550...

Los cuentos N°s 215 y 216, lucen juegos de palabras, con su picardía y consiguiente castigo.

En cuanto a fabulaciones con animales, muchos son comunes en Bolivia. Hasta ocurre el caso de que figuran en los idiomas nativos de las diferentes regiones.

Aparece una apreciable provisión de cuentos de un personaje mítico, llegado a nosotros, por herencia hispánica, que en la obra de Yolando Pino Saavedra, conforme tradición preestablecida, figura con los nombres de Pedro Animales; Pedro Urdemal, Perdo Urdimale; Pedro Urdemales; Peiro Ulimán... Se trata del mismo personaje que me proporcionó oportunidad para un fascículo aderezado con relatos recogidos eventualmente en diversos parajes rurales y en una capital provinciana de Tarija. No obstante de la aclaración inicial sobre el personaje, quien, según don Ramón Pérez de Ayala (“Las máscaras”, Madrid, 1924), aparece en escena simultáneamente con su congénere Don Juan Tenorio, tienen un contrastivo destino, pues, mientras el consagrado prototipo conquistador del bello sexo, asciende, o mejor dicho, aprovecha, “desde la princesa real, a la hija del labrador”, Urdemales, tanto en las tierras de Castilla, como en su traspaso a las vastas demarcaciones del mundo americano, su nombre sólo aparece con sus trapacerías, entre elementos populares y en ambientes rurales, donde también busca trabajos para vivir de prisa, “Don Juan” ha sido llevado a la Ópera y con otros médicos y sociólogos, a profundos estudios, los alcances aparentes, como reales sobre el valor de la sexualidad. “Ignorando” maliciosamente, o no dando importancia, escritores cultos; críticos, todos ellos amigos míos, así como otras personas menos avisadas, sufrieron múltiple, como singular y lamentable desconcierto. Por una parte, confundieron los relatos, con anécdotas ciertas o atribui-

das a don Francisco de Quevedo y Villegas; de otra, a simples chascarrillos corrientes, registrados antaño en exfoliadores, que en su anverso registraban la fecha, el nombre del mes y el del día, y hasta el o los nombres de santos correspondientes; y en el reverso, asentaban coplas, cantares y chascarrillos, donde Gedeón era el personaje víctima de errores y equivocaciones...

No faltaron quienes postulaban que las historias eran conocidas en idiomas o dialectos indígenas americanos. Pero, si aceptamos este orden de ideas; si examinamos las acciones y reacciones humanas, espirituales, de amor, odio, placer, dolor; engaño; picardía; socarronería, los mencionados hechos psíquicos son, en suma, patrimonios de la naturaleza humana, no exclusivos de determinada parte del planeta tierra... Creo haber leído algo sobre el humorismo en los esquimales...

Son 27 los cuentos de Urdimalis registrados en el T. III; todos, interesantes. La historieta de "Ay" y "No hay" (p. 329, cuento N° 269), registré en mi opúsculo titulado "Carapari" (Tarija, 1974, pág. 37) relatada por Victoria Echaure, en el pueblo de Carapari, en una concurrencia con motivo de la fiesta patronal del lugar, juntada después en el nuevo volumen, con el título de "Aventuras del pícaro Urdimalis".

Todo lo expresado anteriormente, no elimina la existencia mítica de Urdimalis, motivo de inspiración en el siglo de oro español, de temas llevados al teatro de la época, por Calderón de la Barca, Félix de Lope de Vega y Carpio, Tirso de Molina, Francisco de Quevedo y Villegas, Juan Pérez de Montalbán, hasta la creación más popularizada de Miguel de Cervantes y Saavedra...

De los cuentos árabes, descuellan, con sus nombres y variantes, Aladino, Blanca de Nieve; "La hormiguita y el Ratón Pérez". Figuran varios cuentos de "tontos". Los cuentos N°s 215 y 216, lucen juegos de palabras, con su travesura, y en su caso, con el correspondiente castigo.

Lo concerniente a la doble nacionalidad de los cuentos folklóricos, ahonda Pino Saavedra en otra obra suya, titulada "Cuentos orales chileno-argentinos" (Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 232 páginas, 1969). Aprovecha el hábil, diligente, oportuno y acucioso folklorólogo, veinte motivos conservados en las zonas rurales y urbanas, ubicadas entre las provincias limítrofes argentino-chilenas, que, conjugando el rigor científico, celosamente aplicado, con la calidez impregnada de humorismo indisimulable, por el consagrado cosechero del país transandino, producen gratas reacciones en los lectores.

En carta del 12 de agosto de 1959, el doctor Pino Saavedra me comunicaba que preparaba tres obras más: Una de ellas, dedicada a las narraciones araucanas. Otras, contenían nuevas versiones de cuentos chilenos. Anunciaba, igualmente, que daría término a una serie de *ensayos*, acerca de narraciones españolas medievales, conservadas en la tradición oral chilena.

Lamentablemente, para mí, quizás, por mis traslados de destino en la docencia activa, o por viajes imprevistos, me he perjudicado de recibir, enviadas, conforme ya me acostumbré, las publicaciones, con sendas dedicatorias de su autor. No renuncio a la esperanza de poder adquirir los merituados libros, en mejor oportunidad.

Con cierto regusto, impregnado de diáfana ingenuidad, desliza en cierta misiva, una confidencia, gratísima para todos. Dice en un párrafo: "No sé si Ud. sabe que mis "Cuentos folklóricos de Chile", han aparecido en selección, tanto en alemán, como en inglés"... Esto, en idiomas extranjeros... Se reserva, por lo sabido, lo celebrado en lengua española, en las naciones latinoamericanas.

Don Yolando Pino Saavedra, por sus excepcionales cualidades de inquieto buceador, ávido de testimonios permanentemente actualizados y enriquecidos; por compartir su acuciosidad intelectual, turnándose, entre el gabinete de estudio, recorrido constante de bibliotecas, de archivos especializados, por su paciente transitar para recolectar piezas en trabajos de campo, en contacto personal y directo con elementos populares, diestramente escogidos como relatores "de primera mano", representa ser el máximo exponente actual, en su género, de la nación chilena, ubicándose justamente valorado, entre los mejores recolectores de datos, con redacción apropiada, interpretativa y madurada en las transmisiones, orales en su mayoría, de los recursos humanos, considerados científicamente genuinos, constituyentes del "folk".

Todo lo pacientemente espigado, con los procedimientos propios del sistema, trasiega a sus libros, con la seriedad de fondo y precisión en la forma, requeridos y entregados con la avidez de contribuir con los materiales indispensables, para satisfacer las ansiedades de los apasionados en las disciplinas concernientes.

Por lo brevemente expuesto, considero que la Universidad chilena, por intermedio de la Comisión Editora, a la vez que honra al galardonado, por el merecido homenaje, se honra a sí misma, en uno de los elementos que dignamente la representa por su reconocida producción, tanto dentro de

su país, como fuera de él, justificando, con creces, su formación y desenvolvimiento profesional.

Todo lo anterior, en forma lo más sincera y sintética posibles, representa la gratitud profundamente grabada en uno de los alumnos de tan meritorio maestro.

Tarija (Bolivia) marzo de 1988.